

Contra la neutralidad española

Los que laboran contra la neutralidad española de día en día aprietan más el cerco. Si el éxito coronase sus esfuerzos, de pronto, como bomba que estalla, veríamos a España tomar parte en la contienda. Entonces los gobernantes hablarían al pueblo de que España por razones históricas no podía obrar en otro sentido, y que el hecho de mantener la neutralidad tanto tiempo, fué un milagro.

Aunque el pueblo crea lo contrario, España es el país en que abundan más los malos patriotas y los traidores. Son malos patriotas y traidores los que trafican con la política y la administración; los que están a sueldo de las Empresas extranjeras y ponen a contribución su poder personal para que éstas realicen negocios fabulosos a expensas de los míseros españoles, que sudamos creando riqueza para que unos ladrones encastillados en los comités y consejos de administración se la lleven al extranjero; los que antes de señalar una orientación a su política visitan una embajada extranjera para obtener el «placet».

En España son pocos los políticos que consulten al pueblo y a su conciencia para obrar. Son un hato de vanidosos y sin vergüenzas solo atentos a la satisfacción de sus apetitos. Unos buscan ver halagada su estúpida vanidad ocupando cargos públicos, y otros, resolver su situación económica sirviendo al que mejor pague en contra del interés público. Y toda esta gente miserable, sin alma, sin decoro, sin dignidad, es la que ahora se agita confiada en las dádivas de los aliados. Si fuésemos a la guerra liquidada la catástrofe, sobre el cadáver de España pasearían en automóvil una horda de hombres públicos en merecimiento de ser guillotinados.

Inglaterra se ha reservado la acción de laborar contra nuestra neutralidad.

Los ingleses se creen la potencia que más fuerza tienen en España y que más puede dejar sentir su peso en nuestro destino. Quizá tenga razón. La falta de sensibilidad de los españoles fortalece sus propósitos. Si sintiésemos el decoro colectivo no nos daríamos punto de reposo hasta exterminar la supremacía inglesa y borrar del suelo español todo lo que lleva el sello de la repugnante ingerencia británica.

Inglaterra es la que constantemente ofrece pretextos al Gobierno español para que rompa contra los alemanes. Tiene la pretensión absurda de que sigamos las huellas de los desdichados portugueses. Constantemente recibimos noticias de que nos ofrece el oro y el moro a cambio de que nos incautemos de los barcos alemanes surtos en nuestros puertos, y de que persigamos a los

alemanes que buscaron asilo en el suelo español. Eso es una infamia. Es algo así como proponer un negocio canallasco a una persona honrada. Esas proposiciones deben herirnos en lo más hondo de nuestra conciencia como pueblo prototipo de la hidalgía. La sola indicación señala con un estigma nuestra historia de pueblo noble y bizarro.

Cabe en nuestra desgracia que la presión inglesa llegue a producir la intervención española. Los Gobiernos la acometerán confiados en la supuesta incapacidad e impotencia de los españoles para derrocar lo constituido y acabar con tantos hombres funestos. Que no se las prometan tan felices. El pueblo español, colectivo o individualmente, sabrá encontrar el medio para que su patria no se hunda en la intervención. Afortunadamente subsisten las suficientes energías para acabar con los traidores. El primero de estos que dé la cara debe caer.

Las energías de la raza renacerán potentes en aspiración de escribir una segunda epopeya como la de la Independencia.

ALFREDO G. DE BELLVER

Las razones de la impotencia

Habían fracasado los alemanes ante Verdún; habían obtenido los italianos cien triunfos en el Isonzo y en el Trentino. Los Imperios centrales estaban exhaustos. Alemania no tenía reservas y Austria veía llegar el término de las suyas. El triunfo de los aliados era ya cuestión de paciencia para obtenerlo por el entero agotamiento del enemigo.

¿No eran estos los razonamientos de la prensa aliada para infundir ánimo entre los suyos?

Había transcurrido un corto período de calma en el frente de Verdún y aprovecharon esa quietud transitoria para interpretarla como debida a impotencia del adversario.

Pero ha resurgido la ofensiva, vigorosa, enérgica, insoportable y en Verdún tras una acometida tan violenta como la que más lo fué, los alemanes se apoderan de Comieres y de Mort Hommey rechazan una ofensiva habida y calladamente preparada por los franceses contra Douaumont, cuyo ardimiento les llevó a ocupar al punto una parte del fuerte.

En Italia los austriacos, hasta ahora a la defensiva, toman la ofensiva en el Trentino y del primer empujón llevan la contienda a territorio italiano, hacen más de 23.000 prisioneros y cogen más de 200 cañones.

Parecía así como que estos hechos, sorprendiendo a los que cayeron o hablaron del agotamiento de los Imperios

centrales, habrían de desconcertarles y hacerles pensar si se habría equivocado en sus apreciaciones, y no sucede así.

La nueva ofensiva de los Imperios centrales es para unos una prueba palpable de desavenencias surgidas entre Alemania y Austria, antes ésta sumida a la primera, y ahora en desacuerdo obrando por cuenta propia; para otros es demostración clara de la difícil situación de los Imperios, que, en su desesperación, acuden a la ofensiva desenfrenada, sacrificando el elemento hombre como última tentativa.

Los alemanes que tomaron Comieres y Mort Hommey están derrotados, deshechos, imposibilitados ya para el triunfo, y los franceses que atacaron a Douaumont, y se quedaron sin él son los héroes seguros del triunfo, habiendo demostrado el conjunto de esta operación «la excelente situación de las líneas francesas que han proporcionado al enemigo una nueva y dolorosa decepción».

En cuanto a los austriacos, según nota oficiosa italiana, no han hecho nada. Los 23.000 prisioneros y 286 cañones y 16 lanza-bombas son pérdidas en todas operaciones de líneas avanzadas cuando el enemigo acomete, y los italianos, fuera de esto, retirados a sus líneas definitivas esperan a pie firme al enemigo.

Y esto lo dicen ellos oficialmente; después de un año sin lograr una ventaja sensible y siendo los obligados al ataque, pues que fueron quienes declararon la guerra.

Está visto. Si los Imperios centrales no acometen es por razón de impotencia y si acometen y avanzan y cogen prisioneros y material de guerra, entonces es que la desesperación les lleva a agresiones violentas que les agotarán más pronto.

Y es que como la impotencia no puede presentar en su favor hechos incontestables, acude a los sofismas, a las invenciones, a la desnaturalización de los acontecimientos, para deslumbrar con brillante palabrería y evitar su presentación a las gentes en vergonzosa desnudez.

TIROL

GUASA RIMADA

Es asunto que apasiona la campaña submarina de la gran flota teutona, y mientras tanto la abona hay otro que la abomina.

Cosa horrible es en verdad ver como reina la Muerte del mar en la inmensidad; pero es también cosa fuerte que ofenda a la Humanidad que una pífida nación pretenda ganar la guerra, matando de inanición

a su enemiga, intención que vemos en Inglaterra.

Esos nobles corazones que tachan los hundimientos de «aquellas embarcaciones» que no llevan municiones, ni otra clase de armamentos, presente deben tener que están los niños germanos llamados a perecer, porque hay pechos inhumanos que solo esperan vencer condenando a esa nación a morir de inanición, pero se revuelve fiero y de esa brava manera les da la contestación.

ZADI-ORRIBE

De una interview

—Tienes razón: vamos a ver a ese locuaz teutón.

Y vamos en su busca. Le hallamos en un elegante hotel. La cigüeñita hace mutis y quedamos frente a frente él y yo.

Es un hombre alto, de robusta complexión. Rabosa salud.

—¿Cuánto durará la guerra?, le preguntamos después del saludo de ritual. Nos responde con pasmosa seguridad:

—Dos años.

—¿Usted cree que podrán resistir tanto tiempo?

—Alemania, sí; los otros...

—¿Hace mucho que falta usted de Alemania?

—Unos tres meses.

—Entonces ¿podrá usted decirme en cuánto calcula las pérdidas alemanas?

—Medita. Luego añade:

—Cerca de un millón de hombres y más de doscientos mil millones de marcos: en total menos de la décima parte de las existencias dispuestas para la guerra.

—¿Tomarán ustedes Verdún?

—Sí. Tomaremos Verdún y París y acaso algo más...

—¿Qué me dice usted del porvenir de Bélgica?

—Que será un nuevo estado alemán, con el mismo rey y la misma autonomía, pero dependiente del Kaiser.

—¿Y Polonia?

—Será austriaca.

Cambiamos de conversación.

—¿Me quiere decir algo de la organización social alemana?

—Sí señor. Alemania es una nación donde se tiene un concepto tan alto de la libertad, compatibilizándola con la tradición, que subsisten muchas cosas, arcaicas, inútiles y gravosas. En Alemania hay cuatro reyes: el de Prusia, Sajonia, Baviera y Württemberg. Estos reyes viven con extraordinario boato, pues eso de la parquedad germana es un cuento,—sostienen sus gobiernos, sus parlamentos y todos los organismos, en fin, que intervienen en una